

LA HISTORIA Y EL TEXTO: SIETE COMENTARIOS CRÍTICOS A PROPÓSITO DEL «GIRO LINGÜÍSTICO» SEGÚN JOSEP FONTANA EN *LA HISTORIA DE LOS HOMBRES*

FERNANDO RIVERA
Universidad Nacional de Colombia
fariverab@unal.edu.co

Artículo de reflexión Recibido: Febrero 17 de 2005 Aceptado: septiembre 21 de 2005

Resumen

Este artículo incluye una revisión crítica del texto *La historia de los hombres* de Josep Fontana. El autor considera que si bien este texto, estimulante por lo provocador, ameritaría una más atenta respuesta, aquí se remite exclusivamente a comentar algunas afirmaciones que realiza Fontana a partir de su capítulo trece, «El giro cultural», dado que la laxitud de algunas de sus paráfrasis comprometen la legitimidad e incluso la utilidad de categorías y metodologías provenientes del análisis texto-discursivo, las teorías de las «representaciones» y los enfoques semióticos.

Palabras claves: Análisis texto-discursivo, semiótica del lenguaje, teoría de las representaciones.

Abstract

This article includes a critical revision of the text «La Historia de los Hombres» (The History of Men) by Josep Fontana. The author acknowledges that even though the text—stimulating because so provoking—would merit a more attentive response, this essay will only comment on some affirmations made by Fontana starting in chapter 13, «El Giro Cultural» (The Cultural Turn). This decision is made because the laxity of some of his paraphrasing compromises the legitimacy and even the utility of categories and methodologies originating from the text-discourse analysis, the «representation» theories and the semiotic approaches.

Key words: Analysis, text discourse, semiotics of language, representation theory.



RECUERDO, 2004
Fotografía de Jairo Arturo Velasco

Fontana parte de Jameson para quien el «estructuralismo» es «una variedad de nuevos intentos teóricos que comparten al menos una única experiencia fundamental: el descubrimiento de la primacía del lenguaje o del símbolo» (Fontana, 2001:285); y para quién, además, las perspectivas estructuralistas se transforman en «ideologías activas de las cuales se deducen consecuencias éticas, políticas e históricas» (Fontana, 2001:286). Este «giro culturalista», dice apoyándose en Peter Burke, desplaza el estudio de la cultura como producto de la sociedad hacia el de «construcción social de la realidad» (expresión a su vez emanada del interaccionismo simbólico, verbigracia Luckmman y Berger).

Claro que no lo cita (a Burke) cuando escribe, comentando a Schorske, «La razón de ser de un historiador cultural es revelar las conexiones entre las distintas actividades [...] actualmente, el problema fundamental de los historiadores culturales, en cualquier caso tal como lo veo yo, es evitar la fragmentación sin volver al engañoso supuesto de homogeneidad de una sociedad o un período dados. En otras palabras, revelar la unidad subyacente (o, al menos, las conexiones subyacentes), sin negar la diversidad del pasado. Por esta razón puede ser resultar útil examinar una serie de excelentes obras recientes sobre la historia de los encuentros culturales» (Burke, 2000:251-252). O cuando dice, a propósito del modelo semiótico-antropológico de la historia cultural: «En otras palabras, el significado del término se ha ampliado para comprender una gama mucho más amplia de actividades que antes –no sólo arte, sino la cultura material; no sólo lo escrito, sino lo oral; no sólo el drama, sino el ritual: no sólo la filosofía sino las mentalidades de la gente común. La vida cotidiana o “cultura cotidiana” es esencial en este enfoque, especialmente sus normas o convenciones subyacentes, lo que Bourdieu denomina la “teoría de la práctica”, y el semiólogo Jury Lotman, la “poética del comportamiento cotidiano” [...] En este sentido amplio, actualmente se recurre a la cultura para comprender los cambios económicos o políticos que anteriormente se analizaban de una forma más reductora e interna» (Burke, 2000:245).

A partir de los años sesenta, continúa Fontana, la influencia estructuralista se «materializa» particularmente a través de Georges Dumézil y de Michel Foucault, quien explora los mecanismos ocultos de dominación del poder. De éste comenta que «Su influencia en el terreno de la historia, sin embargo, ha sido más escasa en realidad de lo que parece indicar la frecuencia con que se le invoca, ya que sus propuestas metodológicas eran difícilmente aplicables a la práctica en la forma en que aparecían formuladas y sus intentos personales de escribir historia eran inaceptables, basados como estaban en un conocimiento sesgado y escaso de las fuentes, agravado por el uso de citas textuales adulteradas y por la formulación de afirmaciones de forma vaga que no permitía someterlas a crítica» (Fontana, 2001:290).

A pesar de ello, considera un esfuerzo valioso la interpretación que de Foucault hace Paul Veyne, citándolo incluso cuando interpreta su método en *Foucault revoluciona la historia*. «Explicar y explicitar la historia consiste en percibirla completa de entrada; en poner en relación los objetos supuestamente naturales con las prácticas fechadas y raras que los objetivan y en explicar éstas prácticas, no a partir de un motor único, sino a partir de todas las prácticas vecinas sobre las que se asientan. Este método pictórico produce cuadros extraños, en los que las relaciones reemplazan a los objetos. Ciertamente estos cuadros son exactamente los del mundo que conocemos» (Fontana, 2001:290).

Lo que olvida Fontana es que Veyne define a Foucault como el «primer historiador totalmente positivista» (Veyne, 1984:200), cuya intuición inicial es la rareza de los «hechos humanos» («sus perfiles ásperos»), que son arbitrarios pero no evidentes. Y estos hechos son lo que hacen las personas, sus «prácticas». No son, entonces, los objetos los que determinan la conducta, aunque lo parezca, sino las prácticas las que objetivan los objetos¹. No existen los «objetos naturales», y como la práctica determina el objeto, determina por ello el «discurso» consciente, bajo la forma de una gramática del azar (y no de una Razón que edifique un sistema coherente), que se manifiesta por un proceso de «rarefacción» o ruptura en el que las prácticas definen su característica: ser una relación², un «correlato», y por ello existir como consecuencia de su posición en una estructura que se actualiza y configura como un «caleidoscopio».

Desde tal enfoque, la explicación histórica no se aplica, como la ciencia, a «modelos de series», sino a casos concretos y coyunturales: «prototipos». Igualmente, la «obra» como individualidad no existe, dado que está determinada por la relación, sólo existe la materia de la obra, una forma prediscursiva en potencia que sólo la relación actualiza, y cuya actualización es el propósito de la historia-genealogía de Foucault, su «arqueología del saber». De todas maneras, sostiene que «El impacto de Foucault se ha limitado a los temas sobre los cuales escribió» (sic!) (Fontana, 2001:290).

Agrega además, con respecto a Foucault, que tal lectura relacional ha sido formulada antes y mejor por Paul Feyerabend. Pero también parece olvidar que el modelo de Feyerabend, (inscrito con el de Kuhn, Lakatos, Laudan Stegmuller y Shapere, entre otros, en el debate epistemológico en torno al cambio científico y la acumulatividad del saber de los modelos científicos) está basado en un enfoque

¹ «El objeto no es sino consecuencia de la práctica; no existe antes de ella» (Veyne, 1984:209).

² «Foucault recurrió a la idea nietzscheana de la primacía de la relación: las cosas sólo existen por su relación a [...] y la determinación de dicha relación constituye una explicación [...] nada existe transhistóricamente y explicar cualquier objeto consiste en señalar de que contexto histórico depende» (Veyne, 1984:225). «El método de Foucault ha surgido probablemente de una reflexión sobre la "Genealogía de la Moral". En términos más generales el primado de la relación implica una ontología de la voluntad de poder» (Veyne, 1984:237).

eminentemente lingüístico-discursivo, ya que considera las «teorías globales» como campos «semánticos» cuya mutabilidad histórica los hace no sólo incontrastables sino además fragmentados, más que acumulativos. «Feyerabend centra el problema del cambio científico en el cambio semántico (Feyerabend, 1965, 1970a, 1970b). Propone como unidades de análisis las “teorías globales” (teorías muy comprensivas, que dependen fuertemente de supuestos metafísicos), y afirma que cuando se acepta una nueva teoría global, en un cierto campo de investigación, cambian los significados de los términos cotidianos y observacionales utilizados en dicho campo. De aquí que un cambio de teoría global conduzca, por lo general, a la reinterpretación de la experiencia a la luz de las categorías conceptuales de la nueva teoría. Como incluso se reinterpreta aquello que contaba como evidencia a favor de la teoría anterior, puede resultar que desde la nueva perspectiva se le considere como evidencia en contra» (Pérez, 1999:243).

II

Después de trazar el trayecto de *Annales* en cuanto a las representaciones y la «psicología histórica», mencionando la exploración de los imaginarios y las mentalidades propuesta por la *nouvelle histoire*, particularmente Jacques Le Goff y Pierre Nora en *Faire de l'histoire*, y la etiqueta de «tercer nivel» planteada por Chauvin y replicada por Chartier, para quien no hay tal tercer nivel, dado que las mentalidades son un determinante fundamental de la realidad social, Fontana sostiene que el enfoque simbólico-discursivo se ha desplazado del concepto de mentalidades hacia el de «representaciones» o «imaginario social».

Argumenta, además, que el «giro lingüístico» y culturalista se generó como una reacción a la historia social, y fue representado principalmente en la corriente norteamericana por la «tropológica» de Hayden White, que concluye, entre otras cosas, que la obra histórica es una «estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa», articulado sobre una «infraestructura metahistórica», tal que el fundamento del trabajo histórico es la selección (y con ello exclusión) de categorías analíticas, determinadas por una estrategias retóricas del «relato», es decir, por la «poética histórica» elegida como hilo conductor de la narración .

En general, considera el autor que los argumentos de White para reducir la historia a narración son irrelevantes porque «Es evidente que la complejidad de la tarea del historiador, enfrentado a la diversidad inabarcable del mundo real, le obliga a hacer selecciones [...] Pero estas limitaciones son un reflejo de las del hombre común en su vida cotidiana. También el ha de escoger los aspectos de la realidad que le envuelve que toma en consideración de acuerdo con las necesidades de su vida. También su memoria del pasado es selectiva y también el está influido por preferencias diversas, incluyendo las políticas, que filtran su percepción de lo que pasa a su alrededor» (Fontana, 2001:300).

Para Fontana resulta «evidente» la dimensión selectiva no sólo de la explicación histórica, sino en general de la capacidad reflexiva y operacional del ser humano, motivo por el cual interpretaciones como las de White resultan «irrelevantes». Lo que olvida Fontana, y allí tendríamos un ejemplo más del carácter ideológico de la selección u omisión de ciertos elementos o vectores analíticos, es que algo que a él le parece tan evidente ha sido el objeto de reflexión tal vez central del pensamiento occidental, desde el cuadro categorial aristotélico, pasando por los esquemas de Kant, hasta llegar a las contemporáneas teorías cognitivas que trabajan sobre el procesamiento neurolingüístico de información.

Porque aquello tan evidente no es otra cosa que preguntarse sobre cómo piensa el ser humano, cómo interacciona con su entorno, diferenciándolo y clasificándolo, es decir, cómo el ser humano categoriza y representa el ecosistema en el que interactúa. Si tal interacción está mediada por la construcción de modelos y representaciones, entonces el paso fundamental de una aproximación consiste en identificar precisamente cuáles son las estrategias y mecanismos (si es que los hay) mediante los cuales las representaciones ofrecen una construcción simbólica, una oferta de «mundo posible», en fin, una «puesta en escena» de representaciones que se ofrecen no sólo como modelo del sistema social, sino también como programa instruccional y repertorio normativo que regula el desenvolverse mismo de lo individual en ese contexto socio-cultural así demarcado. Tal, entre otros, el objetivo de White: definir las estrategias retóricas que generan el efecto de verosimilitud histórica pretendido por cualquier autor (pero aún más allá, a pesar del autor), e inscrito en las estructuras mismas que rigen la construcción discursiva. Es precisamente el análisis de tales mecanismos retóricos una de las vías para interpretar las jerarquizaciones valorativas y evaluativas que rigen la selección y disposición de las representaciones en tanto oferta simbólica colectiva, es decir, su efecto ideológico-discursivo.

Es probable que el exceso de «evidencia» lo que lleva a Fontana a decir que «Teoría y método no son los objetivos de nuestro oficio, sino tan sólo las herramientas que empleamos en el intento de comprender mejor el mundo en que vivimos y de ayudar a otros a entenderlo» (Fontana, 2001:354). Frente a tal axioma resulta válido confrontar lo que opina J.C. Bermejo Barrera, en *El Final de la Historia. Ensayos de historia teórica*, a propósito de un nuevo enfoque que no se convierta en reproducción del modelo historicista clásico, «cientifista» y «evolucionista». «Para que esa investigación pueda asumir ese papel con éxito deberá simultáneamente realizarse en toda una serie de dimensiones que vayan desde las concepciones filosóficas más abstractas, y pasando por las teorías políticas, económicas, sociológicas, etc, etc..., al análisis de todos los procesos institucionales: políticos, sociales y económicos, académicos, editoriales, psicológicos, que permiten la producción del discurso histórico. El análisis de esa producción, de los

fundamentos y las categorías en las que se basa, es lo que ha de constituir el fundamento de la actividad historiográfica. Así pues la labor del historiador, entendida en su sentido amplio, deberá de constituir una de las dimensiones básicas de cualquier investigación de tipo histórico, dimensión que le otorgará su fundamento, por constituir su vertiente crítica» (Bermejo, 1987:102).

Agrega luego Fontana que el historiador ha de moverse «guiándose por el sentido de la utilidad social de su tarea, que es un criterio esencial para sus elecciones» (Fontana, 2001:300). La afirmación, por lo genérica, es completamente difusa y termina caracterizando lo que el autor critica de muchas aproximaciones post-estructurales, la ambigüedad referencial de sus afirmaciones, determinada por la abstracción anónima de los actantes enunciados. ¿Qué entiende por «utilidad social», y utilidad social para quien? ¿Porqué? Tales son, precisamente, las preguntas que permite contestar una aproximación discursiva, no sólo en la perspectiva del análisis del discurso, que como señalaremos más adelante es mucho más de lo que pretende Fontana (quien se caracteriza por etiquetar todo tipo de enfoques con categorías genéricas), porque desconoce los matices que en muchos casos son más bien desgarraduras entre distintas perspectivas discursivas, homogeneizando críticas que, a lo sumo, sólo podrían aplicarse a perspectivas muy definidas, y que de ninguna manera pueden extenderse como panoramas teóricos generales y generalizados.

III

Y es precisamente el análisis del discurso, o lo que Fontana entiende por ello, uno de los campos visibles del llamado «giro lingüístico», expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y popularizada por la colección de ensayos de Richard Rorty publicada en 1967, con la que termina también comprometida la lectura contextual semiótico-simbólica de las especificidades culturales que propone Clifford Geertz. Sin embargo, lo que no es válido para la antropología cultural lo es para la antropología histórica, a la que Fontana le concede la posibilidad mesiánica de reivindicar la investigación histórica, en sus propios términos histórico-centristas (tal como la propone Aron Gurievich), definida como el método que permite entender de que manera «una corriente caótica y heterogénea de percepciones y de impresiones se transforma, por obra de la conciencia, en una visión del mundo ordenada que pone su marca sobre cualquier conducta humana» (Fontana, 2001:305). Esta aproximación, considerada tan lúcida por Fontana, ha sido por supuesto abordada muchas veces. Mencionemos sólo las «costumbres mentales» y los «habitus» de Erwin Panofsky, y el concepto mismo de «visión de mundo» de Lucien Goldmann.

A pesar de todo, Fontana le concede al análisis discursivo ciertas bondades: «Una de las grandes utilidades del análisis del texto radica en la posibilidad de examinar cómo se elaboran los textos legitimadores, comenzando por los propios relatos históricos. La verdad es que la retórica de los historiadores no tiene nada de excepcional, ya que no es en esencia otra cosa que una manifestación de aquella “retórica de la ciencia” que ha estudiado Alan Gross, construida de manera que consiga persuadir a aquellos a quienes va destinada de que no es tal retórica sino demostración [...] como dice Stephen Jay Gould: “los seres humanos somos contadores de historias por naturaleza; organizamos el mundo como un conjunto de cuentos”. Los historiadores no tienen que pedir disculpas por hacer lo mismo» (Fontana, 2001:305).

La ex-posición (que no sólo expone sino que lo expone) de Fontana en éstos párrafos es particularmente ilustrativa de la circularidad argumentativa que lo caracteriza. Por un lado, afirma la utilidad del análisis textual para identificar mecanismos texto-discursivos de «verosimilización» (entendida como un efecto textual que «hace ver verosímil», esto es, que «hace parecer» verdadero): «cómo se elaboran los textos legitimadores». Igual afirma que el «ser humano» cuenta historias «por naturaleza». Aclarando un poco esta aérea afirmación, diríamos que el ser humano «piensa» mediante relatos, entre otros rasgos fundamentales como la «categorización». En otras palabras, aprehende y construye «lo otro» mediante «representaciones» que al ponerse en escena constituyen precisamente eso, «escenas» o cortes representativos asociados entre sí de manera que su secuenciación formula una sucesión de acontecimientos resueltos en tipos de acción determinada. Bien podría ser el caso, como se puede inferir a partir de ciertas teorías cognitivas (a las que referencia Fontana tan genéricamente como casi todo lo que referencia en sus páginas).

Lo cual no implica que por ser «generalizado» el «mecanismo» de producción conceptual y comunicativa, lo sea también la sintaxis que rige su funcionamiento, porque la manera como se elaboran estas secuencias, el tipo de continuidad o yuxtaposición o imbrincamiento, etc., con el que se asocian los tópicos del relato, tanto las acciones como las descripciones («enunciados del ser» y «enunciados del hacer», diría J-A. Greimas, consolidando una larga tradición de interpretación del acontecimiento narrativo bien como sucesión de acciones o de situaciones o de «roles», etc.), es decir, la lógica de la narrativa, es precisamente lo que diferencia no sólo los relatos, sino la relación de los relatos con quien los escenifica y con quien los interpreta. En otras palabras, los rasgos y mecanismos de la circulación social de los relatos; mejor dicho, la lógica de la producción semiósica del ser humano en general y de su esfera texto-discursiva en particular, el tejido de representaciones con el que, mediando entre el hombre y su entorno socio-económico concreto, lo socio-comunicativo genera la interacción dialéctica entre lo individual y lo colectivo.

Así que para Fontana es evidente el carácter texto-discursivo de la interacción humana, y es evidente porque es «natural». Tan «natural», que incluso afirma que las características del relatar son comunes tanto al «relato histórico» como a la «retórica de la ciencia». Es decir, que la interpretación histórica, en tanto «relato» (esto es, puesta en escena de secuencias de representaciones), es lo mismo que la interpretación científica. Esta, por supuesto, es una línea analítica ya frecuentada, baste para ilustrarlo el texto de Jerome Bruner (*Realidad Mental y Mundos Posibles*), exponente representativo de la llamada «revolución cognitiva», quien a partir de entender los actos de imaginación en cuanto cohesionadores y asignadores de sentido a la experiencia, describe la «modalidad narrativa» como característica referencial no sólo de las dinámicas cognitivas básicas, sino de la formulación teórica en general, incluyendo el llamado «discurso científico». Lo cual no implica que las dos textualizaciones sean iguales, o que el «discurso científico» sea lo mismo que el «discurso histórico» o que el «discurso literario». Precisamente el análisis texto-discursivo consiste en identificar las diferencias y similitudes entre las distintas producciones texto-discursivas buscando caracterizar las relaciones estructurales y los sistemas que especifican cada una de estas «modalidades narrativas». Es este espacio el que a Fontana le parece de «vacuidad»...

Y es en este espacio donde la «vacuidad» del análisis permite, entre otras muchas cosas, por ejemplo, identificar las modalidades retóricas mediante las cuales un texto se ofrece como científico; lo que nos devuelve a Fontana, quien luego de exponer dos «suposiciones teórico-conceptuales» (la «naturalidad» y «homogeneidad» del «mecanismo narrativo» como inherencia humana) elabora conclusiones no a partir de ellas sino a partir de implicaciones valorativas y axiomáticas que permiten identificar los mecanismos discursivos de su exposición: sus conclusiones no tienen que ver con los argumentos teórico-conceptuales que plantea, sino con las presuposiciones sobre las que articula su argumentación, otorgándole una apariencia «teórico-científica» a una argumentación valorativa, o si se prefiere, «ideologizada».

Por un lado, Fontana acepta la «naturalidad» de los mecanismos narrativos afirmando que «la narración es la forma habitual en que el hombre organiza sus conocimientos». Y si estas formas de narración caben dentro de lo que tradicionalmente se llama «discurso literario», entonces podemos decir que un «modo literario» es común a la manera de pensar humana, y a la manera de exponer o comunicar lo pensado. De tal manera, los modos literarios entrecruzan «todas las modalidades discursivas», pero, y aquí está uno de los nódulos semánticos implícitos, existe una jerarquización de los discursos, que tiene que ver con su «cientificidad». Existe un grado de validación del conocimiento que lo define como más importante, más valioso, más verdadero, en tanto más «científico». Lo que no es científico, así, es menos valioso, es de menor grado. Y como el «discurso

histórico» sí es científico³, entonces no puede ser «degradado» a la literatura, olvidando que se ha partido de afirmar lo narrativo precisamente como rasgo fundamental y fundacional de cualquier proceso de producción de sentido.

Para Fontana resulta importante el estudio de los contenidos, sin analizar los mecanismos de generación y articulación de tales contenidos, olvidando que, en últimas, el sentido de cualquier contenido no es inmanente ni esencialista, sino dependiente de una multiplicidad de interacciones entre por lo menos cinco facetas de producción del sentido: su emisión, su transmisión, su recepción, su codificación y su contextualización. Es esta jerarquización implícita la que lleva a Fontana a efervescer ante la interpretación del discurso histórico como un discurso más, con el mismo estatus que cualquier otro, el estatus de ser modalidades narrativas. El discurso histórico es «científico» y metafísicamente omnímodo, lo demás es pura «elucubración», cree Fontana. «Buena parte de las reiterativas elucubraciones en torno a la historia como narración –Hayden White, Ricoeur, etc.–, que parecen plantear la cuestión como si fuese un problema específico de la historia, amenazada con verse degradada del terreno de la ciencia para caer en el de la literatura, pasan por alto que la narración es la forma habitual en que el hombre organiza sus conocimientos, incluso los de las ciencias naturales» (sic!) (Fontana, 2001:305). Cabría entonces afirmar que porque todo el mundo respira sería vacuo estudiar los mecanismos y características de la respiración, que entre otras cosas, permiten explicar porque alguien corre más rápido o durante más tiempo que otro.

Lo que empezó siendo una argumentación «aparentemente teórica» revela así su fundamento evaluativo. Es que no se refuta argumentativamente una aproximación analítica, sino que se la subestima valorativamente, a partir de una presuposición: la historia es un «discurso científico» y lo científico no tiene nada que ver ni con la literatura, ni con la producción simbólica, ni con la circulación social de las representaciones. La teoría de las implicaturas (una modalidad de análisis del discurso) tendría bastante que decir sobre la «discursivización» pseudo-teórica de Fontana porque, afirma, el carácter narrativo de la interacción humana no tiene nada que ver con la «explicación histórica». Pero, además, dado que todos los discursos son manifestaciones texto-discursivas y narrativas, entonces no es importante estudiar tales manifestaciones, y menos importante aún resulta para un «historiador» reflexionar o siquiera tomar en cuenta las «artes menores» que las analizan, o en sus términos, las disciplinas «degradadas». Por eso, y tal es la conclusión «científica» de Fontana, dado que todos los seres humanos son contadores de historias, entonces «Los historiadores no tienen que pedir disculpas por hacer lo mismo».

³ Supone uno que tal científicidad se basa epistemológicamente en la formulación de leyes que describan recurrencias y regularidades, y por lo tanto permitan predecir comportamientos posteriores a partir del conocimiento relacional de sus variables causales, pero más adelante descubre que tal científicidad se apoya es más bien en un traslado de paradigma científico referencial, a saber, la incertidumbre probabilística y multicausal frente al unilinealismo causal positivista.

El efecto de cientificidad proyectado, y la jerarquización implícita, sólo se puede articular a partir de una presuposición epistemológica: la autonomía existencial de la «realidad», la independencia del «objeto» de conocimiento del «sujeto» que conoce, sometido así a la presión de lo «real» que él, pasivamente, aprehende y asimila, empirismo objetivista que ya había sido reformulado incluso por Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Este es el fundamento que se esconde tras el artificio discursivo de Fontana para posteriormente exhortar una perspectiva relacional, a pesar de la cual la estructura misma del texto insiste en señalar cierto «esencialismo realista». Y es ésta la contradicción implícita, porque a pesar de acusar a los modelos monocausales de «cientifistas»⁴, terminará apoyándose en referentes igualmente cientifistas, llámense teorías de la incertidumbre o de la indeterminación.

IV

La «insoponible levedad» de Fontana se manifiesta constantemente. Dice a propósito del «giro lingüístico»: «De hecho, los partidarios de este giro eran mucho menos innovadores de lo que pretendían. En el terreno de la historia había ya una larga tradición del estudio del lenguaje y del discurso, que había conducido a desarrollos específicos como el de la *Begriffsgeschichte* o “historia de los conceptos” alemana –que se propone reconstruir el significado de los conceptos que se encuentran en el lenguaje de las fuentes– o los métodos de análisis de los contenidos de la sociología histórica, que tienen poco que ver con el tipo de elucubraciones culturalistas que se han ido extendiendo entre los historiadores y que han dado lugar a una invasión de análisis del discurso –más delante de las “representaciones”- que amenaza reemplazar el de la realidad» (Fontana, 2001:303).

Sin extendernos mucho, resulta casi obvio que cualquier «modelo interpretativo» con el que se ha representado y explicado lo «real» (sea ello lo que fuere) se soporta implícitamente en una teoría sobre la significación, o si se quiere, en una teoría sobre las maneras de «representar» la «realidad». En ese sentido nadie estaría siendo innovador, porque Fontana confunde los tópicos (o «temas» o «motivos») para acudir a los términos planteados por la historia del arte en la versión alemana, cuyos referentes son tan caros al autor) con las lógicas que articulan los tópicos.

No se trata de que, por ejemplo, Roger Chartier no innova porque ya los alemanes habían abordado la historia de los conceptos. Es que uno de los hilos conductores de la reflexión humana ha sido y va a ser siempre el lenguaje, la significación y la

⁴«La linealidad de este modelo está asociada a una práctica errónea de los historiadores, nacida de la falacia cientifista, que los lleva a proceder a partir de un análisis abstracto, supuestamente inspirado en las “leyes de la historia”, hacia el dato puntual, coleccionando hechos que puedan encajarse en el lugar que se las ha asignado previamente en el modelo interpretativo. Cuando lo que convendría es, por el contrario, comenzar por el hecho concreto, por el acontecimiento con todo lo que tiene de complejo y peculiar» (Fontana, 2001:355).

comunicación. ¿Qué son los signos y las representaciones? ¿Cómo funcionan? Ese es un «motivo» de todos los tiempos. Pero es que se trata de distinguir sus caracterizaciones y la interpretación de su generación, circulación y comprensión, esto es, se trata de diferenciar las interpretaciones sobre la interpretación. Porque si se tratara sólo de articular una supuesta historia secuencial por tópico o motivos, entonces también podríamos decir que a la sociología de análisis de contenidos la antecede Panini, quien dos mil años antes de Cristo, aparentemente explicó las características de la significación de las palabras en sus disertaciones sobre la mecánica generadora del «sanskrito»; e igual diríamos que Fontana no ha dicho nada que no hubiese dicho ya Herodoto o Tucídides, porque ya ellos hacían una «investigación histórica de hechos que tienen que ver con el presente» (Fontana, 2001:25), mejor dicho, «historia contemporánea».

«El intento de escamotear la realidad social que hay más allá de las palabras, como hace Patrick Joyce al decir que no es la clase la que crea su lenguaje, sino el lenguaje el que produce la clase, y que ésta no es más que un “producto discursivo” [...] Afirmación circular, porque se necesita otra explicación previa que nos diga cómo se ha creado el tipo de lenguaje concreto con cuya identificación se produce la clase [...] No parece, por otro lado, que este tipo de elucubraciones sean útiles para aproximarnos, no ya a la historia, sino a los problemas actuales de unos grupos sociales que, además de estar “construidos discursivamente” –lo que no negará nadie-, presentan características obviamente verificables que los distinguen, como las de tener niveles de vida y expectativas muy diferentes» (Fontana, 2001:306).

Aquí tendría que recordar que otorgarle carácter constitutivo a la clase o al lenguaje, es decir a las representaciones de clase, no es sólo la elucubración inútil que pretende Fontana, sino que define el eje del debate en torno a la teoría de la determinación de clase que protagonizaron los marxistas británicos: ¿son las clases efecto de su conciencia sobre ellas, o existen las clases sustantivamente, antes de que ellas mismas tengan «conciencia de clase»? Es al interior de este debate (donde por demás lo que se discute es nada menos que la relación entre las actividades sociales y las prácticas culturales) que Maurice Dobb propone el concepto de «experiencia histórica» como un proceso dinámico, y la «acción» como una relación con el mundo objetivo, enfatizando en la clase como «conflicto de clases» y en las relaciones entre las clases, y no en la clase como estructura o expresión sustantiva. Esta interpretación de Dobb genera además una profusa polémica a propósito de si los sistemas o los modos de producción se definen en términos de su relación con el mercado, o en términos de las relaciones sociales de producción; debate en el que han participado desde Kohachiro Takahashi, pasando por Rodney Hilton, Christopher Hill y Jhon Ernst Hobsbawm, hasta Gunder Frank, Ernesto Laclau, Immanuel Wallerstein, Eugene Genovese y Perry Anderson.

Hilton, por ejemplo, considera que las ideas, los valores y las prácticas culturales son «una dimensión integral de la lucha de clases» (Kaye, 1989:39). Igual conexión entre lo social y lo cultural establece la interpretación relacional de Christopher Hill, quien define la clase por «la posición objetiva de sus miembros en relación con el proceso de producción y con las otras clases» (Kaye, 1989:115), y quien además dice que «toda historia debería ser historia cultural, y ésta sería la mejor historia» (Citado por Kaye, 1989:109). O la lectura de Hobsbawm, para quien la clase «en el más amplio sentido» sólo existe cuando adquiere conciencia de sí misma. O el enfoque de E. P. Thompson, cuya categoría de «experiencia de clase», entendida como una experiencia común compartida, lo lleva a centrarse más en las relaciones sociales de producción y en las relaciones de clase, que en los procesos tecnológicos o económicos, de tal manera que formula su interpretación en términos de un análisis de la lucha de clases previa a la clase misma, porque ella presupone una experiencia de conflicto y lucha, lo que equivale a decir que la clase es una relación y un proceso inscritos en y determinados por «campos de fuerza social».

En éste punto valdría la pena comentar una «categoría» referenciada por Fontana, cuando dice, refiriéndose una vez más a la inutilidad del análisis texto-discursivo: «Pero la esterilidad vacía de su trabajo, que no aporta nada útil para las “prácticas no discursivas” de los hombres y mujeres de hoy, acabará relegándolos al mismo olvido en que reposa el saber tardoaristotélico que mantuvo victoriosos combates retóricos contra la revolución científica» (Fontana, 2001:307). Si nos atenemos a Bourdieu, e incluso si no lo hacemos, por definición toda práctica es discursiva, en tanto lo discursivo, genéricamente, implica la manifestación en el «texto» de las huellas locutivas, y en general evaluativas, del enunciador, lo que traducido a las prácticas implica que todo «hacer» está determinado por un «saber» específico. Pero incluso más, debe entenderse que lo discursivo no se restringe a la lingüístico, sino en general a todos tipo de prácticas, entendidas como un «saber hacer», una acción y con ello una transformación inscritas, en tanto saber, en un repertorio normativo de saberes, como tal aceptados consensualmente, y de tal manera referencialmente regulativos. Hasta el silencio es una práctica discursiva; práctica que, por demás, sería en ocasiones recomendable para el «gran historiador» Fontana⁵. Incluso, para cerrar este tópico, no se puede hablar de lo discursivo, por lo menos rigurosamente, sin diferenciar la semántica extensional (la relación entre los signos y el mundo material extra-semiótico) de la semántica intencional (la relación entre los signos y sus referentes intra-semióticos).

Concluye Fontana afirmando que «Mil veces más útiles que estas elucubraciones verbales son para el historiador las aportaciones de la ciencia cognitiva, las nuevas visiones que muestran la complejidad de la formación de los recuerdos evocados por la memoria —la forma en que la mente humana transforma un haz

⁵ Como lo llama con merecida ironía Bermejo en *El final de la historia. Ensayos de Historia Teórica*.

de sensaciones diversas en un recuerdo-, que pueden sugerirle caminos más útiles para investigar el proceso de formación de esta memoria colectiva que denominamos historia» (Fontana, 2001:307).

Y con ésta «apertura» de posibilidades analíticas frente a la inútil elucubración del acercamiento texto-discursivo (que refleja en general por lo menos su desprecio frente a los múltiples matices de lo que genéricamente podría denominarse enfoques socio-semióticos), Fontana vuelve entonces a lo que ingenuamente criticaba, ejemplificando la lógica del «hamster» (corriendo y corriendo sin desplazarse del punto inicial), que ha caracterizado su revisión crítica del llamado «giro lingüístico», dado que las modernas ciencias cognitivas, básicamente, trabajan con los referentes de la categorización, la representación y la narrativización, como lo ejemplifica perfectamente Jerome Bruner en la obra ya citada, *Realidad mental y mundos posibles*: «La creación de entidades y ficciones hipotéticas, ya sea en la narrativa o en la ciencia, requiere otra facultad del lenguaje que, también, aparece pronto dentro del alcance del hablante. Es la capacidad que tiene el lenguaje de crear y estipular relaciones propias, su constitutividad. Creamos realidades advirtiendo, estimulando, poniendo títulos, nombrando, y por el modo en que las palabras nos invitan a crear “realidades” en el mundo que coincidan con ellas. La constitutividad da una exterioridad y una categoría ontológica aparente a los conceptos que encarnan las palabras: por ejemplo, la ley, el producto bruto nacional, la antimateria, el Renacimiento. Es lo que nos hace construir un proscenio en nuestro teatro y sin embargo, sentir la tentación de apedrear al villano. En nuestro estado más desprevenido, somos todos Realistas Ingenuos que creemos no sólo que sabemos que pasa “allí fuera”, sino además que pasa allí para los demás también. Carol Feldman lo llama “descarga óptica”, convertir nuestros procesos mentales en productos y dotarlos de alguna realidad en algún mundo. Lo privado se hace público. Y así, nuevamente, nos situamos en un mundo de realidad compartida. La constitutividad del lenguaje, como ha señalado más de un antropólogo, crea y transmite cultura y sitúa nuestro lugar en ella» (Bruner, 1986:74).

V

Sería necesario distinguir por lo menos tres variantes analíticas que si bien pueden inscribirse en tanto análisis del discurso, no por ello pueden homologarse tan laxamente como lo hace Fontana, y mucho menos cuando se trata de deslegitimar su validez o «eficacia»⁶ con comentarios que no sólo comprometen el análisis

⁶ Así lo preferiría su disfrazado pragmatismo.

texto-discursivo, sino en general la teoría de las representaciones y los enfoques socio-semióticos.

En el capítulo catorce defiende la «nueva arqueología postprocesual», porque según él fue la única disciplina a la que algo aportaron teórica y metodológicamente las llamadas corrientes posmodernas -donde parece ser cabe indistintamente cualquier enfoque caracterizado por su referencia al carácter semiótico de la «realidad social»-. Y lo hace distinguiendo sus cuatro temas fundamentales, a saber: «las relaciones entre norma e individuo, entre proceso y estructura, entre lo ideal y lo material, entre sujeto y objeto. Su objetivo final “reconstruir la historia en el tiempo y contribuir así al debate en el marco de la moderna teoría social y en la sociedad en general”». Muy lejos, como se ve, de la esterilidad discursiva de algunos de los planteamientos posmodernos que hemos criticado antes» (Fontana, 2001:327).

Lamentablemente para Fontana, esos temas que según él hacen de la arqueología postprocesual una superación del «estrecho cientifismo casi positivista» (Fontana, 2001:326), son los mismos que aborda la perspectiva socio-semiótica: las relaciones entre la estructura de significación, que a su vez expresa estructuras sociales de grupos en interacción conflictiva, y la dimensión «idiolectal» o individual mediante la cual el sujeto social determina sus comportamientos respecto a una regulación referencial determinada (y con la cual puede converger o no). En otras palabras, explorar las relaciones entre estructuras de significación, entendidas como sujetas a una codificación interna determinada, y procesos sociales, entendidos como los «rituales» asociados con esas estructuras de significación, o mejor dicho, entendidos como las «prácticas» en general.

¿Porqué la misma plataforma analítica es en uno de los enfoques «esterilidad discursiva», y en el otro «búsqueda epistemológica»? Ya sabemos cual es el presupuesto epistemológico de Fontana y sabemos, entonces, en que se soporta la «cientificidad» de sus reflexiones. Sus enunciados implícitos, como sus conclusiones explícitas, no son argumentaciones teórico-conceptuales, sino juicios valorativos articulados en distintos niveles: en el de las «estructuras globales», primordialmente lo que Van Dijk llama la «presentación positiva de sí mismos y /o del grupo y la presentación negativa de los otros» (1999), y en cuanto a las estrategias de deconstrucción y legitimación; en el de las «estructuras locales», en lo pertinente a los implícitos, a las inferencias, y a la «tonalización», que otros llaman «valoración cualificativa». El mismo análisis discursivo que tanto le irrita sirve para identificar los orígenes teóricos de su irritación y las estrategias discursivas empleadas para ocultarlos.

De otro lado, es necesario hacer, por lo menos, ciertas aclaraciones frente a lo que puede llamarse «análisis texto-discursivo». Se podría hablar de algunas fuentes modernas de la lingüística, que abordaron en sus diferentes tópicos el circuito de intercambio comunicativo: las «lingüísticas funcionales» de Jakobson y Martinet, la «lingüística del habla» de Coseriu, y la «lingüística discursiva» de Benveniste. De

cualquier manera, si tiene alguna validez para abordar la interacción simbólica, o mejor semiótica, el esquema emisor, mensaje, receptor, entonces no es lo mismo analizar el autor, la obra o su intérprete, y tal puede ser, así, una primera dimensión básica para interpretar la dinámica comunicativa humana; lo que se traduce, en última instancia, en un análisis de la intencionalidad de cada uno de los momentos del proceso interpretativo.

De hecho, se pueden distinguir estas tres corrientes, cuya exploración se remonta también a los griegos clásicos (cuando por ejemplo distinguían los «relatos de hechos» y los «relatos de palabras»), proponiendo con ello toda una teoría sobre el autor y el narrador). Sin llegar a tanto, señalemos algunos de los matices analíticos, después de recordar que el «estructuralismo» enfatiza en el análisis de la obra/texto, entendida como estructura autónoma regida por lógicas internas, centrándonos en lo que puede llamarse diferentes enfoques de las «teorías de la recepción» (en cuyas fronteras se mueve lo que Fontana parece entender por «análisis discursivo»).

Ya en los sesenta tanto Barthes como Todorov diferenciaban entre autor material (o imagen del autor) y narrador (imagen del narrador) -desdoblamiento que también había sido explorado a través de la noción de «punto de vista» por Lubbock, Forster, James y Pouillon, entre otros, que de alguna manera converge en los setentas en la teoría de las «focalizaciones» de Gerard Genette -, distinción que implícitamente formula el mismo desdoblamiento en el receptor (material o virtual/ideal). También desde los setenta Julia Kristeva (con un enfoque semanalítico) analiza los mecanismos de productividad textual, así como Luri Lotman (con un enfoque «semiesférico») interpreta la cultura como un texto auto-transformativo. Igualmente Riffaterre implementa el concepto de «archilector», Maria Conti y Seymour Chatman, a partir de Booth, el de autor-lector implícitos, y Umberto Eco el de «lector modelo».

La señalada distinción de Booth es también formulada por el enfoque «hermenéutico» con Ingarden (la obra como esqueleto que debe ser completado por la interpretación), Gadamer, la Escuela de Praga ejemplificada por la semiótica del signo estético de Mukarowsky, Jaus e Iser, entre otros. Incluso desde el ámbito de la Inteligencia Artificial Charles Fillmore discrimina, a nivel de los textos cotidianos no literarios, un lector real y un lector ideal. De hecho, siguiendo a Eco, toda la historia de la estética puede reconducirse a una historia de las teorías de la recepción o del efecto que la obra provoca en el destinatario.

En una perspectiva semiótica es también diverso el tipo de análisis que se ocupa de los efectos, bajo la categorización de nivel «pragmático» (que igual tiene una larga tradición dado que desde la retórica griega-latina, pasando por la retórica aristotélica hasta la semiótica agustiniana, hay una necesaria referencia al intérprete).

Por un lado, éste desplazamiento del texto hacia su recepción, se puede decir de acuerdo con Eco, obedeció a una reacción frente al inmanentismo de la metodología estructuralista, es decir, como reacción a la rigidez de las semánticas formales anglosajonas que se abstraían de lo situacional, los contextos y las circunstancias de uso. En otras palabras, el debate entre la llamada semántica diccionarioal (que analiza estructuras inmanente y autodeterminadas, independientemente del contexto enunciativo) y la semántica enciclopédica (que hace una lectura pragmática, en el sentido de contextual, por lo tanto socio-histórica). Debate que expresa el existente entre los enfoques generativos (donde se prevé las reglas de producción de un objeto textual independientemente de los efectos que provoca) y los enfoques interpretativos.

Por otro lado, de cualquier manera, y volviendo al esquema planteado anteriormente, una cosa es la intención del autor, otra la intención de la obra y otra la del lector. Lo que supone distinguir entre indagar en el texto lo que el autor quería decir o lo que el texto efectivamente dice, independientemente de las intenciones de su autor. Y a partir de esto último distinguir entre buscar en el texto lo que dice con respecto a su coherencia contextual y su propia regulación texto-semiótica, y lo que el destinatario encuentra en el texto a partir de sus competencias, expectativas y deseos. Así que los múltiples sentidos del texto tienen por lo menos tres fuentes distintas: el texto mismo, el autor o el lector. De todas formas tanto el uno como el otro remiten al texto, dado que es en él donde se identifican las huellas de su injerencia. Y de cualquier manera una cosa es indagar por las intenciones e interpretaciones del texto y del lector, como hace la estética de la recepción o la hermenéutica o la semiótica de la recepción, y otra muy distinta estudiar los usos que de acuerdo con ciertas intenciones y circunstancias contextuales se hacen de los textos, porque en éste caso ya los textos no significan nada en sí mismos, sino que adquieren sentido por el uso que se de ellos, lo cual, por supuesto, niega la estabilidad referencial del texto en sí mismo (precisamente tal relacionalidad, al marcar entrecruzamientos y yuxtaposición de vectores, define rasgos diferenciales, estabildades en alguna instancia independientes tanto de la emisión como de la recepción).

Y es precisamente esta tensión entre el texto y su interpretación la que lleva a Eco (en *Lector in Fabula*) a distinguir entre el uso y la interpretación de un texto, dicotomía que también condensa la tensión entre la semiótica y el pragmatismo, desde el cual Rorty establece el famoso enunciado de «giro lingüístico» al que acude Fontana con bastante laxitud. Dicotomía que, además y para especificar, es la de la tensión entre el intérprete y el texto, considerado como una ilimitada plataforma deconstructiva, tal como parecen hacerlo los llamados «deconstructivistas» a la manera de Paul de Le Man, Barbara Jhonson, Hillis Miller, Jonathan Culler y Jacques Derridá.

Ante todo conviene recordar cómo define Eco lo textual en este contexto: «Un texto es un artificio cuya finalidad es la construcción de su propio lector modelo. El lector empírico es aquel que formula una conjetura sobre el tipo de lector modelo postulado por el texto. Lo que significa que el lector empírico es aquel que intenta conjeturas, no sobre las intenciones del autor empírico, sino sobre las del autor modelo. El autor modelo es aquel que, como estrategia textual, tiende a producir un determinado lector modelo. Y he aquí entonces que la investigación sobre la intención del autor y sobre la de la obra coinciden. Coinciden, al menos, en el sentido que autor (modelo) y obra (como coherencia del texto) son el punto virtual al que apunta la conjetura» (Eco, 1992:41).

VI

Y dado que parece ser que lo que Fontana llama posmodernistas y «análisis del discurso» básicamente se refiere a los «deconstructivistas», puesto que es a Rorty a quien acude para iniciar su «reconstrucción» de la perspectiva discursiva, entonces ubiquemos a Rorty en el debate que su posición pragmatista establece frente a los sobre-excesos interpretativos de los deconstructivistas que en última instancia, bien sea enfocándose en la intención del texto o en la intención del lector, ponen en suspenso la autonomía del texto y los «límites de la interpretación».

Para Rorty la distinción entre uso e interpretación es inútil porque, a fin de cuentas, los textos se usan, independientemente de lo que signifiquen. Por lo menos esa es su posición pragmatista, que ve los conceptos en particular y los textos en general como instrumentos que se utilizan para ciertos fines: «Leer textos es una cuestión de leerlos a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información o lo que sea [...] De modo que me parece más sencillo desechar la distinción entre usar e interpretar, y sólo distinguir entre usos de diferentes personas para fines diferentes» (Rorty, 1995:114-115). A partir de esta premisa, Rorty disuelve las estructuras constitutivas del texto en una tensión vitalista y emocional, única conexión textual que, según él, importa tener en cuenta. Así, dice que el «respeto por el autor o el texto no es una cuestión de respeto por una *intentio* o por una estructura interna. En realidad, respeto no es la palabra adecuada. “Amor” u “odio” lo serían más. Porque una gran amor o una gran aversión es la clase de cosa que nos cambia cambiando nuestros propósitos, cambiando los usos a los que dedicaremos las personas y las cosas que encontremos en el futuro» (Rorty, 1995:116).

Podría aplicársele también a Fontana lo que a tal posición (considerar innecesario diferenciar la interpretación del uso textual) contestaba Jonathan Culler, en *En defensa de la sobreinterpretación*. «De lo que adolece la respuesta de Rorty es de algún tipo de compromiso con el hecho de que los estudios literarios podrían consistir en más que amar y ser sensibles a los personajes y temas de las obras literarias.

Rorty puede imaginar a la gente usando la literatura para aprender acerca de sí misma-sin duda, un uso capital de la literatura-, pero no, al parecer, aprendiendo algo acerca de la literatura. Resulta sorprendente que un movimiento que se denomina a sí mismo “pragmatismo” desprecie esta actividad eminentemente práctica de aprender más sobre el funcionamiento de importantes creaciones humanas, como la literatura» (Culler, 1997:129).

Incluso el mismo Culler llega a exponer públicamente la «lucha simbólica» producida al interior de la academia norteamericana, donde los capitales simbólicos generan mutuas deslegitimaciones de todo tipo, comprometiendo no sólo el discurso teórico de Rorty sino el del mismo Culler. «Lo que siempre he encontrado inquietante del pragmatismo estadounidense contemporáneo- de Rorty, Fish, por ejemplo- es que unas personas que han alcanzado sus posiciones de eminencia profesional entablando un animado debate con otros miembros de un ámbito académico, como la filosofía o los estudios literarios, identificando las dificultades y las inconsistencias de sus predecesores, de pronto, una vez alcanzada la cúspide profesional, cambien de opinión, rechazen la idea de un sistema de procedimientos y un cuerpo de conocimiento en cuyo seno es posible la discusión y presenten el campo profesional como un simple grupo de personas que lee libros e intenta decir cosas interesantes sobre ellos.. Así, persiguen de modo sistemático destruir la estructura a través de la cual han alcanzado sus posiciones y que debería permitir que otros los pusieran a su vez en cuestión a ellos» (Culler, 1997:129-130).

Volviendo a la dimensión conceptual, el esquema planteado (emisor-texto/obra-receptor) permite diferenciar, por ejemplo, el enfoque de Rorty y el de Eco frente a lo que es la «deconstrucción»: Para el primero la deconstrucción es un procedimiento interpretativo anclado en el lector, que puede identificar, o suponer, múltiples programas argumentativos y expositivos del texto, mediante un ejercicio de semiósis ilimitada (en el sentido que lo planteaba Charles Sanders Peirce al fundamentar la «ciencia de la semiótica»). Para el segundo el deconstructivismo consiste en anclar las múltiples interpretaciones del texto en las estructuras internas, textuales, del texto mismo, caracterizado así por mecanismos y estructuras específicas de significación que se imponen tarde o temprano al lector, quien sólo identifica lo que ya está en el texto. Según Rorty la deconstrucción se equivoca debido a la negativa a aceptar que los lectores tienen modos diferentes de usar los textos, ninguno de los cuales nos dice nada «más básico» sobre el texto. «La deconstrucción, por el contrario, hace hincapié en que el sentido está limitado por el contexto –una función de relaciones dentro de los textos o entre ellos-, pero que el propio contexto es ilimitado: siempre podrán presentarse nuevas posibilidades contextuales» (Culler, 1997:132).

Finalmente, cabría aclarar que Eco, siendo en los sesenta uno de los difusores del enfoque de la recepción al defender el papel activo del intérprete en la lectura de textos estéticos (en *Opera Aperta*) vira posteriormente hacia una defensa de la autonomía del texto (*Tratado de semiótica general, Lector in fabula, Semiótica y filosofía del lenguaje, Los límites de la interpretación*). «En algunos de mis escritos recientes he indicado que, entre la intención del autor (muy difícil de descubrir y con frecuencia irrelevante para la interpretación de un texto) y la intención del intérprete que (citando a Richard Rorty) sencillamente “golpea el texto hasta darle la forma que servirá para su propósito”, existe una tercera posibilidad. Existe una intención del texto [...] Si hay algo que interpretar, la interpretación tiene que hablar de algo que debe encontrarse en algún sitio y que de algún modo debe respetarse» (Eco, 1997:27/47).

De otro lado, se debe distinguir la tradición de las gramáticas contextuales y de la texto-lingüística (ejemplificada por Teun Van Dijk), recientemente dinamizadas por la Escuela de Austria en su versión de «Análisis Crítico del Discurso», que relaciona la teoría de las representaciones sociales (la cual identifica la organización estructural de las representaciones y sus funciones ideológicas y sociales subyacentes) con los procesos cognitivos y reproductivos del procesamiento de la información y el conocimiento social⁷.

La teoría de las representaciones sociales inter-relaciona lo social, lo cognitivo y lo discursivo (Van Dijk, 1999, 2003), esto es, interpreta la memoria colectiva e individual como una estructura de selección, almacenamiento, procesamiento y circulación de conocimiento internalizado (regulador y determinativo de la cognición social), vinculada con eventos y procesos sociales traducidos en información (re-presentados), y de tal manera normativizados, jerarquizados y evaluados⁸, que se expresa en general en las prácticas sociales, y en particular en las prácticas socio-cognitivas reguladas por las interacciones discursivas.

De tal manera, las representaciones sociales funcionan como «explicaciones» individuales determinadas por un «anclaje categorial» o «contextualización» que opera mediante la comparación de taxonomías (categorías y clasificaciones) abductivas, (en el sentido de Peirce, esto es, como hipótesis inferenciales), cuya conexión constituye el entrecruzamiento de lo individual y lo social; o de lo privado,

⁷ Ejemplo de tales aproximaciones son los trabajos de Teun van Dijk (*Racism in the Press, Ideology: A Multidisciplinary Approach*), de Lakoff y Jhonsosn (*Metáforas de la vida cotidiana*), de Moscovici (*Social Representations: Explorations in Social Psychology*), y Wodak (*Methods of Critical Discourse Analysis*). En los últimos años, a la luz del Análisis Crítico del Discurso, el Centro de Investigaciones de Antropología Filosófica de la Universidad de Buenos Aires, ha producido una importante gama de trabajos. (María Valentina Noblia, «La privatización de la desocupación y la pobreza: el rol del Estado y de la empresa social en las representaciones sociales de la indigencia»; María Laura Pardo, «La representación discursiva de la identidad nacional durante la década del 20: inmigración y nacionalismo en la Argentina», por señalar sólo dos.)

⁸ De acuerdo con Jodelet (1986).

constituido por «tipos cognitivos» que median el reconocimiento (en tanto parámetros para cotejar ocurrencias –llamados prototipos por las teorías cognitivas-), y lo público, configurado por «contenidos nucleares», o conjunto de interpretantes producto del acuerdo comunicativo, que posibilitan la clasificación categorial y la transmisión mnemotécnica⁹. En otras palabras, las representaciones sociales proyectan y se proyectan en eventos y procesos colectivos, y precisamente por ello la categorización social en que consisten es axiológica por definición, evaluativa y valorativa (Moscovici, 2001), y se concreta en la formación de «estereotipos» de carácter histórico y sociopolítico (Augustinos y Walker, 1995).

⁹ Tal como lo expone Eco en *Kant y el Ornitorrinco*. Ed. Lúmen, Barcelona 1999.

Además, las representaciones sociales son configuraciones estructurales que jerarquizan elementos periféricos alrededor de un núcleo articulador cuya doble función social y cognitiva –inscriptor de identidad y referencia colectiva (Abric, 1993) -, permite inferir las relaciones sociales de distribución y poder presentes en la interacción comunicativa, caracterizada ideológicamente (en el sentido de Marx), es decir como legitimación de estructuras socio-políticas y manifestación discursiva de una lucha y un poder simbólico tal como lo abordan M. Foucault y, con diferente contexto conceptual, Pierre Bourdieu «Por legítimo que sea tratar las relaciones sociales –y las propias relaciones de dominación- como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, no hay que olvidar que esas relaciones de comunicación por excelencia que son los intercambios lingüísticos son también relaciones de poder simbólico donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores y sus respectivos grupos. En suma, hay que superar la alternativa corriente entre el economismo y el culturalismo, para intentar elaborar una economía de los intercambios simbólicos» (Abric, 1993:11).

Van Dijk, por su parte, visibiliza la distribución y reproducción discursiva de las representaciones sociales en la acción comunicativa, donde se generan y mutan. En este sentido, el Análisis Crítico del Discurso interpreta tal interacción comunicativa como dinámica configuradora del conocimiento colectivo, que al definir pertenencias, identidades y roles, define creencias, opiniones y actitudes, esto es, las prácticas ideológicas llamadas por Bourdieu «capital simbólico». «He demostrado que hay tres clases fundamentales de capital (cada una de ellas con subespecies): el económico, el cultural y el social. A estas tres formas hay que añadir el capital simbólico, que es la modalidad adoptada por una u otra de dichas especies cuando es captada a través de las categorías de percepción que reconocen su lógica específica o, si usted prefiere, que desconocen el carácter arbitrario de su posesión y acumulación [...] Analicé las particularidades del capital cultural, el cual habría que denominar en realidad capital informacional –para conferir a esta noción una completa generalidad- y que existe bajo tres formas, es

decir, en los estados incorporado, objetivado o institucionalizado. El capital social es la suma de los recursos, actuales o potenciales, correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de que estos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es, la suma de los capitales y poderes que semejante red permite movilizar» (Bourdieu y Wacquant, 1995:81-82).¹⁰

¹⁰ En el mismo texto, en nota de la página señalada, «La noción de capital simbólico es una de las más complejas que Bourdieu haya elaborado y su obra entera puede considerarse una búsqueda de sus diversas formas y efectos».

VII

Como puede verse, y abordando sólo unos pocos referentes, lo que Fontana llama el «giro lingüístico», dentro del que confunde indiscriminadamente análisis discursivo, teoría de las representaciones y aproximaciones socio-semióticas, entre otros muchos matices certeramente difuminados, implica no sólo distintos enfoques sino particularmente distintas metodologías para aproximarse a lo que sigue siendo un vector fundamental para comprender la sociedad, su carácter semiótico y su dimensión simbólica. El asunto entonces, no es ni tan trivial ni tan inútil como pretende hacer creer Fontana, generalizando una crítica específica, probablemente al frenesí deconstructivista de unos cuantos, que no de todos, que compromete la multiplicidad y validez de las aproximaciones socio-semióticas y texto-discursivas. Cabría, así, preguntarse igualmente por la validez de su diagnóstico sobre los enfoques comentados.

Lo anterior no implica que no sea muy sugestiva su propuesta de una nueva narrativa histórica, y en general de una investigación histórica no lineal, «total» -con una pretensión de cualquier manera algo ingenua: «Una nueva “historia total” deberá ocuparse de todos los hombres y mujeres en una globalidad que abarque tanto la diversidad de los espacios y de las culturas como la de los procesos sociales» (Fontana, 2001:354)-. y «poliédrica», esto es polifónica, que recupere multi-casualmente las variadas voces y agentes que protagonizan los sucesos históricos, y que además posibilite relacionar la inteligibilidad histórica con su visibilidad a partir de una micro-exploración que permita inferir rasgos macro-estructurales, en el sentido que lo planteaba Walter Benjamín en el *Trabajo sobre los pasajes (Passagen-Werk)*. Cabría, sin embargo, recordarle a Fontana que la «polifonía» a la que alude se basa en la formulación ya clásica de Bakhtine, que entre otras fuentes caracteriza la investigación de la lingüística discursiva, por ejemplo en Oswald Ducrot, quien parte de tal categoría para interpretar la multiplicidad de voces discursivas (*El Decir y lo Dicho. Polifonía y enunciación, Polifonía y argumentación, etc.*).

Lo que resulta por lo menos curioso es que, después de acusar a la teoría discursiva, a las teorías de las representaciones, a las teorías lingüísticas, etc. de la vacuidad de su cientifismo hermetista (cita incluso la jugarreta de Sokal), termine igual apoyándose para presentar la nueva opción de la historia, formulada por él, en la extrapolación de teorías físico-naturales, que en su caso ya no son «elucubraciones científicas», sino fundamentaciones epistemológicas. Por lo menos es lo que hace apoyándose en interpretaciones cuánticas, es decir basadas en el principio de la incertidumbre señalado tiempo atrás por Heisenberg, como cuando ofrece como modelo referencial a Ilya Prigogine: «Tanto en dinámica clásica como en física cuántica, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no certezas. No sólo hay leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes» (Fontana, 2001:351). O más evidente aún, cuando lamenta la poca atención prestada por los historiadores a lo que considera un referente metodológico iluminador, las causales «de factor» de Edward Nell. «La inteligente crítica que Edward Nell hizo de las explicaciones “de factor”, esto es de las secuencias lineales encadenadas de causas y efectos habituales en los historiadores, que proponía reemplazar con interpretaciones “por redes factoriales de relaciones mutuamente dependientes”, mucho más adecuadas para explicar el juego de complejas interrelaciones que se producen en una sociedad, pasó sin recibir atención. Tal vez porque se alejaba de los métodos narrativos habituales; pero también porque obligaba a mucho trabajo y daba respuestas sutiles y matizadas con las cuales difícilmente se puede esperar recibir atención del público, ni de la propia tribu» (Fontana, 2001:357).

Así que, a pesar del mismo Fontana, termina imponiéndose la óptica relacional e inferencial característica del «giro lingüístico», referencia que es incluso apoyada neurobiológicamente cuando interpreta la memoria colectiva como caracterizada por los mismos mecanismos que la memoria individual, esto es, en cuanto constante reconfiguración textual generada por la disposición inter-relacional de la conciencia individual y el contexto social. «Sabemos, en efecto, que la memoria personal [...] es en realidad un complejo de relaciones que tienen un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importantes, precisamente, es la de elaborar una forma de recategorización durante la experiencia en curso, que es mucho más que una reproducción de una secuencia previa de acontecimientos. Los neurobiólogos nos dicen que la conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones a las que ha de enfrentarse mediante la construcción de un “presente recordado”, que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino la capacidad de poner en juego experiencias previas para diseñar un escenario al cual puedan incorporarse también los elementos nuevos que se nos presenten [...] Del mismo modo los historiadores, al trabajar con la memoria colectiva, no se dedican a recuperar del pasado verdades que estaban enterradas bajo las ruinas del olvido, sino que usan su capacidad de construir ‘presentes recordados’ para contribuir a la formación de la clase de conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del momento» (Fontana, 2001:365).

Concluyo preguntándole a Fontana en qué son diferentes las varias interpretaciones dinámicas de las estructuras (provenientes de las variantes lingüísticas, estructurales, discursivas, semio-culturales, etc.), de las «redes factoriales de elementos mutuamente dependientes», o en qué se diferencia la interpretación socio-semiótica de la cultura como texto retroalimentativo de la «recategorización durante la experiencia en curso» argumentada por la neurobiología y sus correlacionadas teorías cognitivas, esquemas interpretativos que según Fontana no tendrían nada que ver con el enfoque del análisis discursivo y de la semiótica cultural. O incluso más, ¿en que se diferencia esta perspectiva relacional del «cuadro pictórico y relacional» de Foucault que él mismo cita y critica? Probablemente su respuesta nos remita a la incertidumbre cuántica de su propia argumentación. O probablemente no.

Bibliografía

Abric, J. 1993. «Central system, peripheral system: their functions and roles in the dynamic of social representations», en <http://www.swp.uni-linz.ac.at/content/index.htm>

Augustinos, M. y I. Walker. 1995. *Social Cognition, An Integrated Introduction*. Londres, Sage Publications.

Bermejo, J.C. 1987. *El Final de la Historia. Ensayos de Historia Teórica*. Madrid, Ediciones Akal.

Bourdieu, P. y L.J.D. Wacquant. 1995. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Editorial Grijalbo.

Bruner, J. 1986. *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona, Gedisa.

Burke, P. 2000. *Formas de Historia Cultural*. Madrid, Alianza editorial.

Culler, J. 1997. «En defensa de la sobre-interpretación», en *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid, Cambridge University Press.

Eco, U. 1992. *Los límites de la interpretación*. Barcelona, Ed. Lumen.

Eco, U. 1997. «Interpretación e Historia». En *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid, Cambridge University Press.

Eco, U. 1999. *Kant y el Ornitorrinco*. Barcelona, Ed. Lumen.

Fontana, Josep. 2001. *La historia de los hombres*. Barcelona, Crítica.

Jodelet, D. 1986. «La Representación social: Fenómenos, conceptos y teoría». en S. *Psicología Social*. Moscovi, (ed). Barcelona, Ed. Paidós.

Kaye, H. J. 1989. *Los Historiadores Marxistas Británicos*. Zaragoza. Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza.

- Moscovici, S. 2001. *Social representation: explorations in social psychology*. New York, Polity Press.
- Pérez R., A.R. 1999. *Khun y el cambio científico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Rorty, R. 1995. «El progreso del pragmatista», en *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid, Cambridge University Press.
- Van Dijk, T. 2003. *Ideología y Discurso: una introducción multidisciplinaria*. Barcelona, Ed. Ariel.
- Van Dijk, T. 1999. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona, Ed. Gedisa.
- Veyne, Paul. 1984. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid, Alianza Editorial.